



EL PAIS VASCO-NAVARRO

JAUNGOICOA ETA FUEROAG.

AÑO I.

9 DE FEBRERO DE 1870.

NÚM. 4.

SUMARIO.

TEXTO. — Una carta anónima y una profesion de fé, por D. Juan Cancio Mena y D. Julio Nombela. — Los prisioneros de la Llanada (conclusion), por D. F. A. Macías. — Hernani y Portugalete. — Recuerdos de un aventurero (continuacion). — Los dos arrieros, por Ricardo Becerro de Bengoa. — Los indios (continuacion). — Correspondencia. — Cartas de Vitoria y Pamplona. — Madrid. — Advertencias.

GRABADOS. — Hernani. — Portugalete.

UNA CARTA ANÓNIMA

UNA PROFESION DE FE.

Nunca nos dolieron prendas.

Y es que al emitir nuestras opiniones procuramos inspirarnos en la ciencia y en la conciencia; en la ciencia, para descubrir las leyes naturales que gobiernan el mundo; en la conciencia, para esponer sinceramente nuestros conceptos.

Por eso podemos responder siempre de la lealtad de nuestras creencias, de la franqueza de nuestras apreciaciones y de la integridad de nuestros principios.

Estamos sujetos al error. Y el reconocer el error si en el error incurriésemos, seria para nosotros una conquista preciosa y una satisfaccion cumplida, porque al perderlo ganaríamos una verdad y la verdad es el estímulo de nuestra actividad, el objetivo de nuestros afanes y el gran premio de nuestros sacrificios.

Por eso podemos hablar ingénuamente sin que los recuerdos del pasado nos cohiban ni los temores del porvenir nos amedrenten.

Inspiranos estas consideraciones la

carta anónima que insertamos en el segundo número de nuestra Revista, carta que revela el talento, la erudicion y el levantado patriotismo de su autor, y que apreciamos en su valor inmenso, no solo por la deuda de gratitud, á que nos obliga con sus benévolas frases, sino por el mérito intrínseco que entraña.

Esa carta refleja fielmente los nobles sentimientos y las generosas aspiraciones de quien tan bien supo concebirla y tan discretamente redactarla. Y esa carta nos pide esplicaciones sobre nuestro programa político.

No negamos el derecho que al escritor anónimo asiste: lejos de eso, respetamos su actitud y estamos dispuestos á complacerle, porque quien á la arena política se lanza, en la arena política debe defenderse.

Hay mas: no es él solo quien desea ver claro y quiere descorrer el velo de nuestros propósitos y penetrar nuestras intenciones, ya para aplaudir, ya para censurar mas ó menos ácremente nuestra conducta.

Conformes, muy conformes estamos con tan legítimos deseos, porque ya lo hemos dicho: ni nos duelen prendas, ni nos mortificará reconocer un error, ni rectificar un juicio, ni esplicar nuestras opiniones.

Vamos á hacerlo.

Dice el anónimo escritor que el propósito que abrigamos de que nuestro periódico sea el campo neutral en donde los partidos políticos mueran, es un propósito excelente en épocas normales, en tiempos bonancibles y serenos, pero que le parece hoy irrealizable.

Y á la verdad que su observacion se apoya en motivos atendibles. Y el ejemplo con que quiere probar su tesis es una hipótesis admirable y elocuente.

Peró no obstante, nos creemos colocados en buen terreno para justificar nuestra actitud.

Es cierto, es demasiado cierto que los dias que corremos son de prueba, instantes supremos, momentos decisivos que pueden determinar la suerte de nuestra infortunada patria, ya pulverizando sus grandes elementos, ya levantando y robusteciendo su poder, ese poder que no se encuentra en la superficie, sino en el fondo; ese poder que no se esterioriza ni en la tribuna, ni en la prensa, ni en profanas manifestaciones, sino que se oculta en el seno de la conciencia y en los misterios del corazon.

No; el pueblo español no es el pueblo que habla, que escribe, que se espone y se define con la palabra, con la pluma y con actos ostensibles; el pueblo español es el pueblo que vive silencioso y que espera.

Vive silencioso porque no acierta á darse cuenta de lo que está pasando, y espera porque sabe muy bien que todas las situaciones difíciles son insostenibles, y conoce que la situacion actual de España no puede prolongarse por mas tiempo.

Si estas verdades no fueran de buen sentido, se las enseñaria elocuente mente el libro de la historia.

Comprendemos, pues, como el anónimo escritor, los males que á la patria afligen, y sentimos con dolor inmenso el infortunio de España, pero



nos sonrie la esperanza de que si á la oscuridad de la noche sigue la claridad del dia, á la tempestad sigue la calma, y á la accion violenta la reaccion correspondiente; á los males, á los conflictos y á las contrariedades que hoy combaten la marcha tranquila, sosegada y majestuosa de nuestro noble país, sucederá una época de bonanza, de tranquilidad y de ventura; época en que, aleccionados por una triste experiencia, conoceremos los escollos y sabremos evitarlos; época en que los recuerdos de los errores nos harán discretos, y en que inspirándonos en leyes eternas y en principios filosófico-dogmáticos, levantaremos muy alto el estandarte de la verdad; y bajo el doble escudo de la moral y de la ciencia, se desarrollarán los intereses morales y materiales, y disfrutaremos de una paz dichosa y de completa civilizacion.

No, no son utopias de nuestra fantasia, ni estravios de nuestra imaginacion, ni aberraciones de nuestra mente, las lisonjeras esperanzas que nos dan aliento para mirar el sombrío cuadro que en la actualidad está ofreciendo España á la contemplacion del mundo, sin que su aspecto nos espante ni aterrorice. ¡Oh! Y por desgracia, ni la pasion nos ofusca ni la vista nos engaña.

Ese cuadro tétrico y sombrío, lo ven todos con los mismos ojos, y todos lo pintan con siniestros colores, porque se presenta en su deforme desnudez y entre rayos de evidencia, y la evidencia se impone al corazon y á la razon, con una fuerza superior é irresistible.

Convenimos, pues, con nuestro anónimo corresponsal en todo cuanto sobre el triste estado de nuestra patria describe su inspirada pluma.

Y el convenir en muchas de sus apreciaciones, no nos impide sostener las nuestras.

Para el efecto, nos basta llamar su ilustrada atencion sobre dos cosas, que si ordinariamente se confunden, tienen un significado muy distinto: *la politica y los partidos*.

¿Quién que sienta arder en su corazon el sacro fuego del amor á la patria, dejará de ser político?

¿Quién que estudie las leyes sociales se condenará al ostracismo social?

¿Quién que comprenda la influencia que el gobierno ejerce en el bien público prescindirá de prestar su apoyo á las ideas y á los procedimientos que, á su juicio, sean los mejores medios para realizar tan alto y tan trascendental propósito?

No; esto no seria posible, y si alguno hubiera que se mostrase tan indiferente ó tan escéptico, seria un sér excepcional, un sér egoista, un sér menguado.

Y los que sentimos un amor entrañable y vehemente á la humanidad; los que sabemos distinguir la filantropía y la caridad; los que comprendemos hasta dónde estamos obligados á sacrificarnos por el bien público, seríamos doblemente criminales, si por consideraciones livianas ó por

bastardas sugerencias, nos alejásemos del mundo de la política.

Porque la política es el conjunto de leyes armónicas y providenciales que gobiernan la sociedad; leyes que mientras se desconozcan serán estériles, pero que conocidas y aplicadas, serán fecundas en todos sus resultados y positivas en todos sus efectos.

La moral, esa ciencia sublime que enseña á conocer la bondad y malicia de las acciones humanas, ¿cómo ha de sernos indiferente?

La economía, esa ciencia admirable que estudia las leyes del trabajo, y enseña al individuo los medios de que ha de valerse para convertir sus esfuerzos en la mayor suma de servicios posibles, y traza á los gobiernos la esfera de su accion para que no se cuestren la actividad privada, ¿cómo hemos de desdeñarla?

El derecho, esa ciencia fundamental que descubre las relaciones naturales que ligan y enlazan á los hombres en las diversas condiciones sociales en que se encuentran, ¿cómo hemos de proscibirla?

No, no miramos con indiferencia la moral, sino con amorosa solicitud; no desdeñaremos la economía, sino que la cultivaremos con afan vehemente; no, no proscibiremos el derecho, sino que estudiaremos sus problemas con criterio imparcial, severo y analítico.

Luego, si el ser político en la accion doctrinal de esta palabra es motivo de censura, desde luego la aceptamos con todas sus consecuencias.

Pero, ¿qué son los partidos?

¡Ah! Los partidos con sus pasiones mancillan la pureza de las doctrinas; los partidos se apartan muchas veces de la imparcialidad y de la buena fé; los partidos descienden á procedimientos mezquinos y á artificios bastardos para realizar sus intentos, y practican frecuentemente una doctrina maquiavélica, condensada en esta fórmula: *El fin legitima los medios*.

Además, si los partidos tienen historia y tradiciones, y quien en ellos está afiliado se liga por el vínculo de la solidaridad á todos sus errores y estravios, no es procedente naturalizarse en un partido cuando se pretende defender la doctrina política en su pristina pureza.

Y es tan cierto lo que decimos, que cuando algun hombre extraordinario se presenta ante una nacion para regenerarla y redimirla, no se dirige exclusivamente á un partido, no habla á una parcialidad, sino que se dirige y habla á la nacion entera.

Hé aquí explicado nuestro programa; hé aquí justificada nuestra protesta de que nuestro periódico será el campo neutral en donde *las pasiones politicas mueran*, en donde los enemigos se abracen, en donde se reúnan todos los hombres para sostener y venerar sus derechos.

¡Pasiones politicas! No; nunca mancillarán nuestra pluma, ni inclinarán nuestro ánimo, ni sojuzgarán nuestra voluntad.

¡Doctrina política! ¡Sí; la doctrina política fundamental; esa doctrina que se inspira en la verdadera naturaleza,

y que tambien se armoniza con el cristianismo y el catolicismo; esa será nuestra enseña, nuestro glorioso escudo, nuestro baluarte inespugnable!

¿No es bastante declarar que la moral, la economía y el derecho en sus elementos constitutivos y en sus aspiraciones dignas, serán la base de nuestra política?

¿No es bastante empeñarse en la honrosa tarea de armonizar la ciencia económica y los principios fundamentales del derecho, con la moral evangélica y con la doctrina católica?

¿No es bastante combatir la tiranía del poder, ejérsese por un monarca ó por una muchedumbre?

¿No es bastante defender la libertad racional, la libertad que es resultado de legítimos derechos, la libertad que se opone á la licencia y al despotismo?

Tal es la esfera en que han de girar nuestros trabajos. Dentro de ella cabe la discusion severa y razonada. Dentro de ella son compatibles las aspiraciones de los hombres honrados. Dentro de ella pueden satisfacerse las exigencias de la crítica mas escudriñadora.

Si nos presentásemos con la bandera de un partido, crearíamos obstáculos á nuestros principios.

Presentándonos con la bandera de la doctrina, podemos conquistar proselitismo.

¿No os satisface, discreto y honrado escritor anónimo, no os satisface nuestra bandera?

¡Fuera de nosotros, lejos de nosotros, como escritores científicos, los ódios, los enconos, los rencores de partido!

¡Siempre con nosotros la doctrina fundamental en la ciencia, la verdad en la religion y el amor-caridad para nuestros prógimos!

¿No creéis que la política científica atrae mas prosélitos que la política apasionada?

¿No creéis que prescindiendo de las pasiones politicas puede fructificar la verdadera política?

Somos políticos, políticos ardientes y entusiastas, porque sin política no hay gobierno, y sin gobierno no hay sociedad.

Pero cuando la política científica se haya de convertir en hechos fundamentales; cuando las fórmulas de gobierno sean claras, precisas y concretas; cuando la controversia no sea posible; cuando el exclusivismo impere definitivamente; cuando los principios salvadores se rechacen; cuando la moral se ultraje; cuando la sociedad corra inminente riesgo y suene la hora de decir la última palabra, ¡oh! entonces los hombres honrados y convencidos, sabrán cumplir con su deber. Nosotros estaremos en nuestro puesto.

JUAN CANCIO MENA.

JULIO NOMBELA.

LOS PRISIONEROS DE LA LLANADA.

Episodio de la guerra civil.

(Conclusion).

VI.

Después de un ligero descanso se llamó á los

prisioneros á formar, y un oficial dió el grito de ¡viva Carlos V! que, con grande admiración de todos, no fué contestado por ningún prisionero. ¡Quién hubiera dicho entonces que aquellos soldados tan refractarios y recalcitrantes, habian de ser de los mas leales y mejores de aquel príncipe á quien se resistian á victorear.

Zumalacárregui, seguido de numerosa escolta, y en ella algunos comandantes de batallón que por haber sido oficiales de los regimientos á que pertenecian los prisioneros querian llevarlos á sus batallones, los revistó recorriendo las filas, y deteniéndose con cuantos le llamaban la atención en alguna manera. De repente se para delante de un jóven, sargento primero de Africa, que cubierto de heridas y desfallecido por la pérdida de la sangre, parecia un verdadero *Ecce-homo*.

Le pregunta su nombre y su graduacion, y tal fué el efecto que debió producir en él la imagen de aquel hombre, tan interesante por su hermosura como por su lastimoso estado, que volviéndose al grupo de los que le seguian, se dirigió al comandante del segundo batallón de Navarra, D. Francisco Larrodé, alférez de cazadores que habia sido del segundo batallón de Africa, y le habló de este modo: «Larrodé, este prisionero va con V. Estiéndale la baja para el hospital en clase de voluntario distinguido. Si al salir curado se conduce bien, propóngámelo V.; si se conduce mal, fusílelo usted,» y continuó su marcha.

Los prisioneros de Arriola, que éramos los menos, fuimos distribuidos en los batallones segundo de Navarra y segundo de Alava, siendo el jefe de este último el primer comandante, D. Joaquin Remon, ex alférez de granaderos del primer batallón de Africa. Incorporados desde aquel instante á nuestros nuevos batallones y nuevo ejército, principiaba para nosotros una nueva era. Ya éramos carlistas. Nos consolaba la idea de que en las guerras civiles no hay traidores á la patria, porque la bandera de la patria está en ambos campos, y en ambos es igualmente gloriosa.

VII.

¡Qué horrible serie de padecimientos desde aquel día!—Al menos, mientras servíamos en las filas de Isabel II, nuestras recaladas (si así pueden decirse) siempre eran las principales poblaciones, en las cuales podiamos surtirnos de lo que necesitásemos y solazarnos por algunos días. Pero en el campo carlista, muy principalmente por aquellos tiempos, nuestras ciudades eran las Amézcoas, Urbasa, La Borunda, Arana, Campezu, etc., etc. Añádase á esto nuestra lastimosa desnudez, el incesante perseguir del enemigo, la inevitable necesidad de batirse, al menos dos veces por semana, y se tendrá una idea del cuadro de nuestros padecimientos. Pero la vida que conservábamos no nos pertenecía. Era del príncipe, que podía habernos privado de ella con solo querer, sin faltar á la justicia ni al derecho, lo mismo que se hacia con los suyos, y debíamos sacrificarla en su servicio.

El aspecto que presentaba por entonces el ejército carlista, era en extremo singular, muy particularmente para los que teniamos formada una idea tan distinta de las tropas, y ninguna todavía de las facciones.

Personal inmejorable; buen armamento en lo general, sin por esto dejar de ser incompleto en algunos individuos; equipo, el que cada cual habia aportado de su casa, amen de multitud de prendas de voluntarios realistas, de nacionales, y de todos los cuerpos del ejército español que habian operado en las provincias y con quienes se habia batido. Los oficiales constituian tambien el mas admirable mosaico de trajes y bonetería, desde la gorra de cuartel hasta el tricorneo, pasando por el intermedio de toda clase de morriones modernos y antiguos. Entre la tropa no faltaban tampoco los pañuelos en la cabeza, que en Rioja y Navarra se llaman *zorongos*. El calzado, en lo general, eran albarcas, pues aunque se cons-

trua calzado por la administracion, ni era suficiente, ni tenia condiciones de resistencia, y la *albarca* era preferible.

VIII.

La caballería seguía puntualmente la descripción que hemos hecho de la infantería. Eran muy pocos los caballos buenos, y menos los bien equipados. El soldado que tenia sable no tenia lanza ni carabina, y el que tenia lanza ó carabina, no tenia sable ni pistolas. Monturas y estribos no eran tan completos como hubiera sido de desear. El soldado de caballería, especialmente la Navarra, se cubria con un pañuelo, y no solia tener mas casaca que la camisa, cuya manga remangaba algunas veces para combatir, mostrando al enemigo su cerdoso pecho, desabrochado. La instrucción de la caballería é infantería se reducía por entonces al manejo del arma y formar por hileras; y sin embargo, estas verdaderas hordas de beduinos, sin equipo, sin instrucción, y hasta sin municiones, fueron por mucho tiempo el terror de España y la vergüenza de nuestros soldados.

Al ver estas tropas de fantasía vivaquear sobre una picota, defender un desfiladero, marchar y contramarchar en un monte, siguiendo siempre el compás del tambor y el toque de la corneta ó del clarín, no podia uno menos de considerarse arrebatado á las regiones de lo inverosímil.

Después, todo cambió. La instrucción fué tan completa como podia apetecerse en las circunstancias, y en algunos batallones muchísimo mas. El vestuario y equipo llegó á ser suficiente. La policía se llevó hasta lo ridículo en algunos batallones, y la disciplina, muy superior siempre á la del ejército liberal, fué un modelo admirable hasta sus últimos días.

Y sin embargo, los triunfos de estas nuevas tropas no fueron ya los de las primeras. ¿Se habia debilitado su valor ó apagado su entusiasmo? No. El entusiasmo y valor del soldado carlista eran inagotables; pero faltó el caudillo que le inflamaba con su sola presencia; faltó el severo juez que obligaba á todos, generales y soldados, á *servir al rey* y á obedecer sin murmurar. Faltó el genio de Zumalacárregui, poderoso antídoto contra toda especie de corrupción, y la descomposición del carlismo vasco-navarro no podia dejar de manifestarse mas ó menos pronto.

IX.

Pasaron algunos meses, y en Abril de 1837, después del breve mando interino del conde Armildez de Toledo, vino Valdés á las Provincias con el doble título y carácter de ministro de la Guerra y general en jefe del ejército de operaciones. La táctica de Rodil se habia reducido á hacer á D. Carlos una persecución incansable, y á incendiar el santuario de Nuestra Señora de Aránzatu en Guipúzcoa. La de Valdés principió por incendiar todos los molinos harineros del país, creyendo de este modo privarnos del pan. ¡Néica esperanza! En su marcha desde Vitoria hasta las Amézcoas, quemó diferentes, con especialidad en las Hermandades de Arraya y Laminoria; pero en las Amézcoas, Zumalacárregui les hizo detener el día 22 de Abril, si mal no recordamos.

Diez mil quintos conducía Valdés de refuerzo para el ejército liberal, y con ellos y algunos otros batallones, emprendió su marcha para Estella por las Amézcoas, donde Zumalacárregui le cierra el paso y le bate ignominiosamente en Artaza, haciéndole numerosos prisioneros.

Durante la batalla de aquel día, el segundo batallón de Navarra que ocupaba una importante posición, y al cual pertenecía el prisionero Ignacio Medina, cargado por fuerzas muy superiores, se dispersó abandonando el puesto; pero un pequeño grupo, como de alguna veintena de hombres, continuó resistiéndose parapetado trás de una peña. Zumalacárregui, al ver el abandono de aquel punto, volió á ocuparlo con las primeras fuerzas que hallase;

pero, ¿cuál seria su sorpresa al ver que el jefe de aquel puñado de valientes era el prisionero Medina? Zumalacárregui, que no solo recordaba su fisonomía, sino tambien su nombre, le habló estas palabras: «Bien, muy bien, caballero Medina. Continúe V. obrando como mejor crea, y preséntese esta noche en mi alojamiento con su capitán.» Y volviendo su caballo, marchó á todo galope.

Aquella noche se alojó Zumalacárregui en la aldea de San Martín de Ecala, donde se le presentó Medina, todo turbado, en union con su capitán. Zumalacárregui lo recibió con las mayores deferencias; le dió la mano; le llamó *su amigo*; le prometió un porvenir glorioso—no fué profeta—le presentó á todo su Estado Mayor, y le estimuló á que continuase como hasta entonces, entregándole el nombramiento provisional de alférez, y prometiéndole que no le perderia de vista.

X.

Decididamente la fortuna de Medina estaba hecha con semejante protector. Así es que su posición cambió cuanto era posible, y no tardó mucho en ascender á teniente y ayudante de su batallón, saltando por encima de oficiales muy distinguidos y carlistas de pura sangre. Uno de estos fué el mismo que dió la vida á Medina á la entrada del pueblo de Arriola, resistiéndose á fusilarlo, el cual fué postergado por caprichos de su mala suerte.

Medina no olvidó nunca á quien de tal manera se habia conducido, y desde que la unidad de clase se lo permitió, contrajo con él la mas acrisolada amistad, complaciéndose en llamarle su segundo padre, á pesar de ser de una misma edad sobre poco mas ó menos. Este oficial, á quien por ciertas consideraciones llamaremos X, correspondió por su parte á la singular estimación de Medina, á quien miraba como un hermano querido; y esta tierna amistad, nacida en la rudeza de las emociones de dos corazones de soldado, y abrigada al calor de los combates, creció hasta la identificación mas completa de voluntad. Medina y X., siempre eran de un mismo sentimiento y de una misma opinión, verdadero nuevo grupo de Castor y Polux.

Después de la muerte de Zumalacárregui, Medina, que era un gran soldado, un inmejorable oficial de fila, y que probablemente hubiera sido un gran jefe y hasta un buen general, continuó ascendiendo, aunque con cierta lentitud, y para cuando se verificó la marcha de la expedición real á Cataluña, era ya capitán con grado de teniente coronel. El batallón de Medina marchó á la expedición, y participó de todas sus glorias y descalabros, sin que Medina ni su compañero X. obtuviesen ninguna ventaja. Esto debió descontentarlos y disponerlos á cualquier paso poco prudente, que por desgracia no tardó en presentárseles.

XI.

Al regresar D. Carlos al país vasco á principios de Octubre de 1837, en Santo Domingo de Silos dispuso enviar pliegos al capitán general Uranga para que dispusiese lo necesario al recibimiento de la expedición, y como esto fuese demasiado importante para que pudiera confiarse á un confidente desconocido, se procuró explorar la voluntad de los oficiales del ejército, por si se presentaba alguno que quisiera prestar este servicio, el cual le seria tenido en cuenta para sus ascensos.

No bien la noticia circuló, se presentan dos capitanes ofreciéndose á desempeñarlo. Son Medina y su compañero X., que ávidos de peligros y deseosos de sacrificarse por la causa de su rey, se ofrecen gustosos á conducir los pliegos á las Provincias Vascongadas. Aceptada su oferta, se ponen en marcha en traje de paisanos; pero á las pocas horas caen en poder de una partida de nacionales, quienes hallándoles la prueba del delito, los presentan al general Espartero, el cual los manda poner en capilla.

Ellos invocan la inmunidad del tratado de Eliot, como oficiales del ejército carlista, y

exhiben sus despachos; pero Espartero se escuda con el servicio de espías que prestaban en el momento de ser aprehendidos, y sobre todo con el disfraz que vestían. Les hace comprender que desde el momento en que un oficial se despoja de su uniforme, renuncia á los beneficios á que con él hubiera tenido derecho: que no les niega su calidad de oficiales, pero que no los puede reconocer ni juzgar sino como verdaderos espías. Confundidos bajo el peso de tales razones, se conforman á morir, y en el siguiente día, [después de abrazarse tiernamente, fueron pasados por las armas aquellos dos caros amigos, mezclando su generosa sangre y recibiendo una fosa comun.

La Providencia habia reservado la vida del uno por medio del otro, para recibir á un tiempo el sacrificio de ambos. ¡Cuántas víctimas sacrificadas en el sangriento altar de la impía discordia! ¡Cuántos servicios malogrados

en donde se celebran estas Juntas. Hállase al paso en la línea férrea del Norte, y ofrece al viajero el espectáculo de la preciosísima quinta del Sr. Murua, con su parque, sus jardines, sus miradores y el palacio-habitación. Hernani, con su iglesia dedicada á San Juan Bautista, sus calles Mayor y de Urumea, su casa municipal, y su paseo de plátanos, y su espacioso juego de pelota ofrece encantos á los amantes de la vida pacífica. A cinco ó seis minutos de San Sebastián, nada más fácil para los que veranean que ir todos los días á la capital, tomar el baño y volver á hacer una vida tranquila y económica en Hernani. Los aires de esta villa son en extremo saludables, y se ha notado que en las épocas de epidemias se han visto libres de ellas sus habitantes. Hernani es patria de Juan de Urbieta, el valiente capitán que se apoderó de Francisco I en la batalla de Pavía. También durante la guerra civil adquirió re-

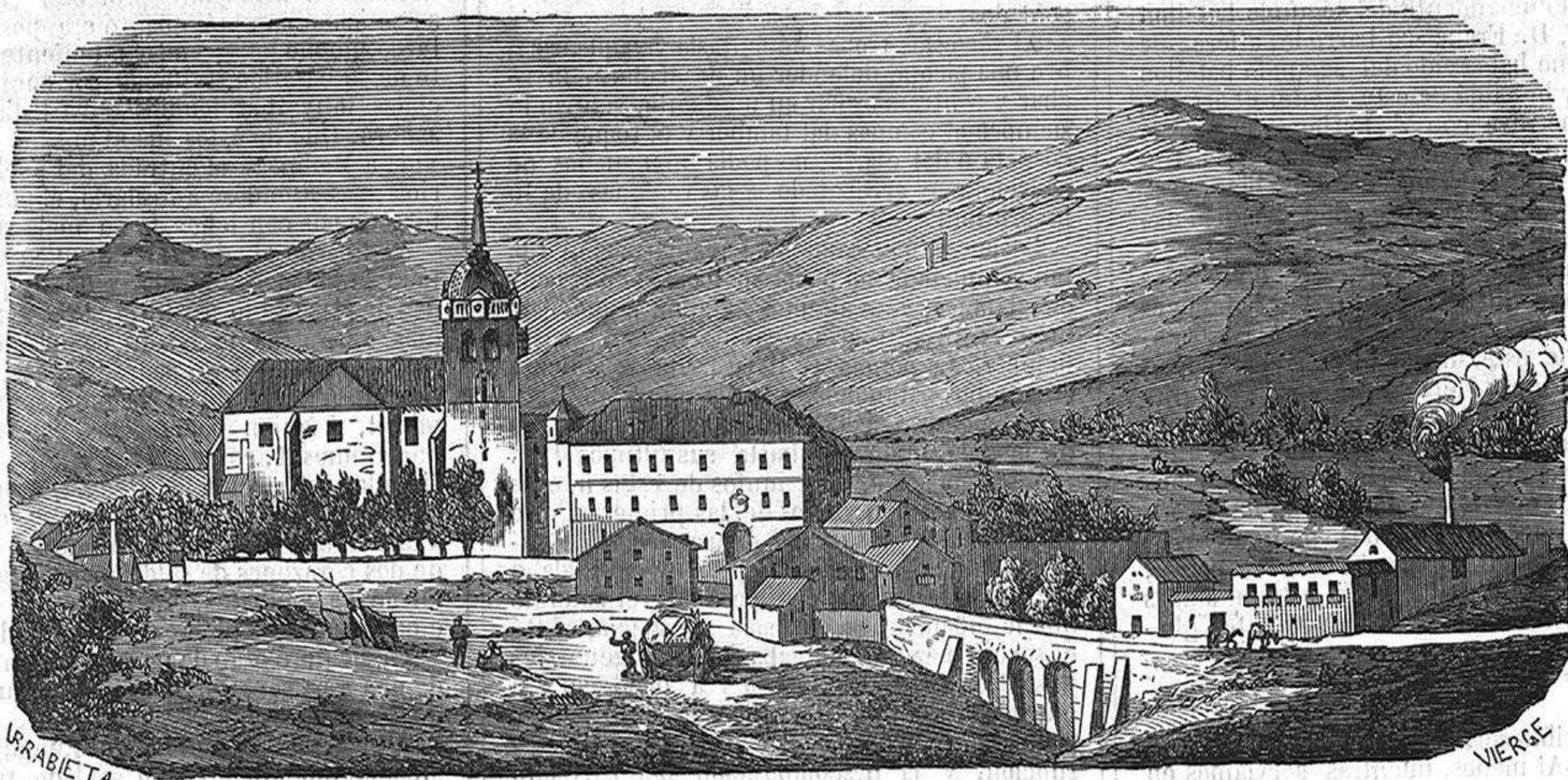
El título de marqués de Portugalete, fué concedido al baron de Carondelet, sobrino del duque de Bailén, en memoria sin duda del origen de la familia del ilustre Castaños.

RECUERDOS DE UN AVENTURERO
VASCO-NAVARRO.

Los primeros tiempos de California.
(Continuacion.)

II.
Á BORDO.

La *Victoria* era una barca de trescientas toneladas, mandada por el capitán Noble, y admirablemente tripulada por marneros ingleses; pero á pesar de sus comodidades y de que los jefes de las expediciones que tenia á su bordo estaban bien alojados y servidos en la



Hernani.

en un momento de injustificada impaciencia! ¡Cuántas esperanzas desvanecidas para la patria! Sin ser fatalistas, bien pudiéramos decir: *Estaba escrito.* ¡Misterios inescrutables!

Otorguémos una lágrima á su memoria, y consagrémosle un cariñoso recuerdo.

Requiescant in pace.

F. A. MACÍAS (1)

HERNANI Y PORTUGALETE.

Nada hay más pintoresco que las villas y aldeas de las Provincias Vascongadas. El viajero sorprende entre los pliegues de las montañas y en los amenos valles, grupos de blancas casas, domirados por esbeltas iglesias. Por eso acuden de toda España durante el verano á las Provincias las personas que quieren recrear su vista, disfrutar de apacible calma, de una temperatura fresca y de seguridad completa. Nosotros hablaremos de todas las ciudades, villas y aldeas del país vasco-navarro, y publicaremos vistas de la mayor parte de estas poblaciones. Hoy ofrecemos las de Hernani y Portugalete.

Hernani es una hermosa villa de Guipúzcoa; en las Juntas generales ocupa el octavo asiento á la derecha, y es uno de los diez y nueve pue-

nombre esta villa por los combates que en ella y sus alrededores tuvieron lugar.

Portugalete es harto conocido de los *touristes* aficionados á Vizcaya. Pertenece á esta provincia, y tiene el noveno voto y asiento entre las villas en las Juntas de Guernica.

Fué fundada en 1320, por doña María Diaz de Haro, esposa del famoso infante D Juan, muerto á mano airada por el rey D. Pedro, en la villa de Bilbao.

Antiguamente tuvo gran importancia, y aspiró á la supremacía comercial, por lo que sostuvo ruidosos pleitos con Bilbao. En el siglo xvi celebró una concordia con el famoso consulado de Búrgos, con el fin, que vió defraudado, de arrebatár á Bilbao el privilegio de carga y descarga en sus surgideros. Portugalete ha sido siempre celebrado por el claro ingenio de sus hijos y la hermosura de sus mujeres. El trato de sus moradores es fino, expansivo y constante. Todos los veranos ofrece una numerosa poblacion flotante, por que es uno de los mas favorecidos puntos de baños del litoral vizcaino. Este agradable puerto está situado á la margen izquierda, en la desembocadura de la ria de Bilbao. Su clima es benigno, y la vida que en él se hace, confortable. Es patria Portugalete de la familia del insigne vencedor de Bailén. Natural de esta villa es también el elocuente orador vascongado, don Miguel de Loredó, director propietario de *El Euscalduna*.

cámara de popa, no sucedia lo mismo con los ciento treinta trabajadores que se albergaban en su sollado, pues si bien los míos estaban bien colocados, porque los puse debajo de la escotilla, y observaba con ellos una vigilante policía, los setenta hombres que llevaba monsieur Whigting, y que como todos se embarcaban por primera vez, sufrieron mucho á causa del mareo y de la falta de aire. Esto produjo murmullos, y hasta un principio de sublevacion al segundo ó tercer día, y si el jefe se hubiera dejado llevar de los consejos de sus ayudantes, que querian acallarlos por la fuerza y no por la razon, es incalculable lo que allí habria ocurrido.

Whigting y yo fuimos á apaciguar á los descontentos, sobre quienes yo tenia alguna influencia, tanto por el desvelo con que me veian tratar á mi gente, como por haberme oido hablar en varias ocasiones de la necesidad que habia de poner unas mangas de ventilacion, para que no se viciara el aire que respiraban y era la causa de sus padecimientos. Conseguimos calmarlos, é indicamos al capitán lo que convenia hacer en aquellas circunstancias, teniendo la buena suerte de convencerle, y de

(1) Oficial que fué de la P. M. de la division de Alava.

que mandara poner dos mangas que les condujera el aire que tanto necesitaban.

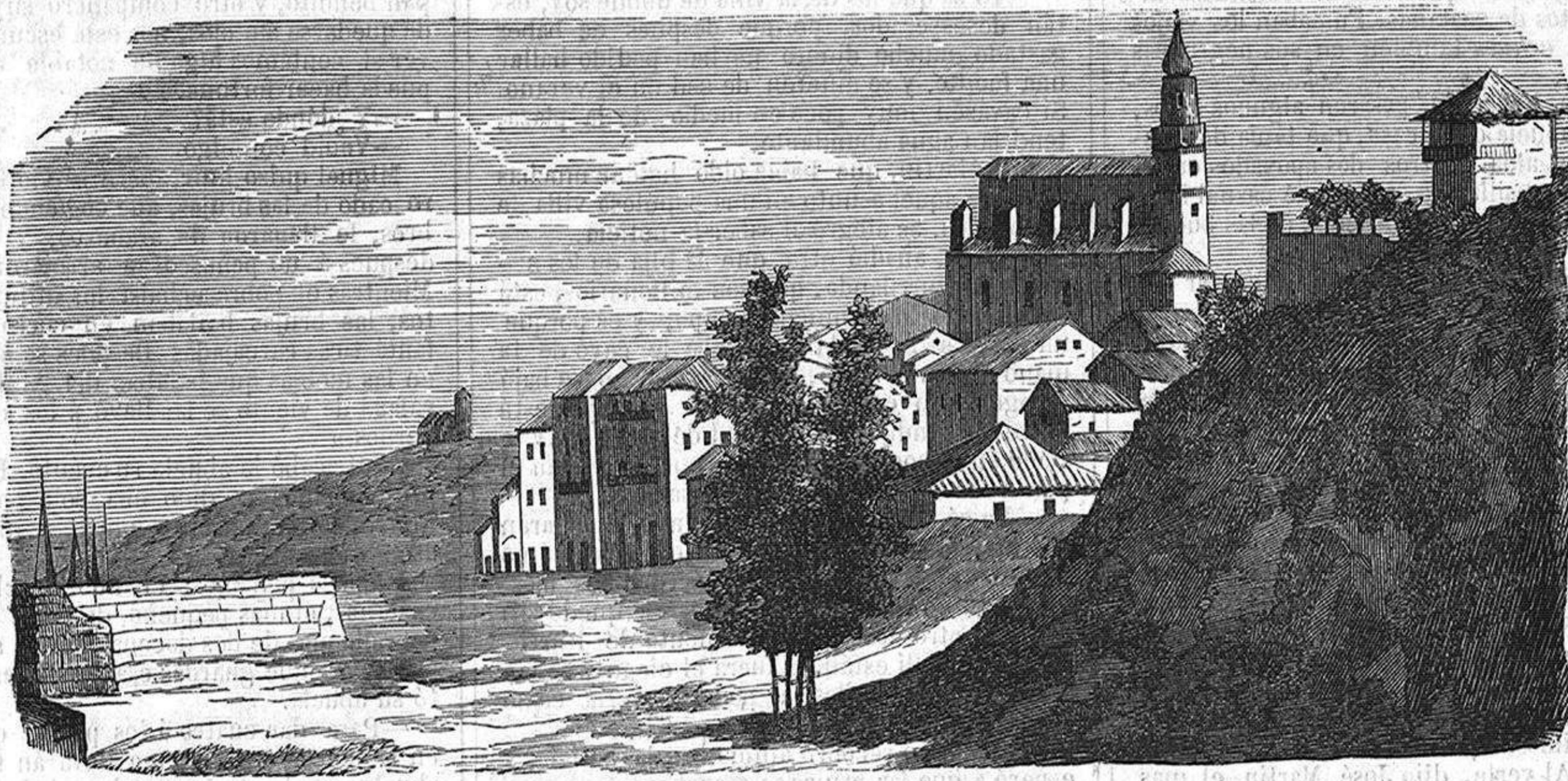
Este fué el único incidente desagradable acaecido á bordo.

Los dias resbalaban tranquilos y serenos. Los pasajeros de popa se mecian en gratas ilusiones, ya prometiéndose venir cargados de riquezas de aquel Eldorado en cuya busca íbamos, ya oyendo las gratas disertaciones que Mr. Whigting, que era un hombre de instruccion poco comun, suscitaba entre los pasajeros, ya tratando de historia, de física, geografía ó historia natural, no dejado pasar ninguno de los pequeños incidentes que ocurren á bordo, sin explicarlo inmediatamente;

proa, que hasta entonces solo habian visto al buque correr por la superficie de un mar tan tranquilo como un lago, creyeron llegada su última hora. De dia y de noche no se oía otra cosa que triduos y rosarios, rezados de rodillas al fuerte balanceo del buque, que á cada instante hacia caer á los unos sobre los otros. Pero esto que á nosotros, avezados á las tormentas marítimas, nos causaba risa, aterrizzaba mas y mas á aquellos infelices.

Por fin nos condolimos de verlos tan acobardados, y bajamos á la bodega para animarlos y asegurarles que no corrian peligro. No obstante, hasta que nos acercamos á la costa, pocos eran los que salian á tomar el aire, aun-

el rojo encendido de las amapolas, la blancura de las margaritas ó el violado del trebol; solo faltaban los blancos caseríos que tanta animacion dan al paisaje vascongado; pero si se notaba desde el momento que el país estaba casi deshabitado por hombres, no sucedia lo propio respecto de animales. En las lomas pacian tranquilamente centenares de cabezas de ganado vacuno y caballar. Las peñas estaban cubiertas de garzas, alcatraces, pájaros bobos, y en algunas de ellas tomaban el sol los lobos marinos sin temor de ser atacados. No avanzaba el buque sin que por todas partes se viera rodeado de estos animales, que asomaban su hermosa cabeza como para cerciorarse del



Portugalete.

y no pocas, con las disputas acaloradas de los pasajeros Lancaster y Webster, en las que teníamos que intervenir para que no vinieran á las manos. Muchas veces se desafiaron para cuando desembarcaran, pero en el momento de saltar á tierra, como sucede siempre en esos casos, se olvidaban de sus compromisos de á bordo.

Los pasajeros de proa, que llevaban una orquesta completa, compuesta de harpa, vihuela y bajo, nos entretenian agradablemente, y ellos se divertian por las tardes y parte de la noche, bailando jaraves y sones mejicanos acompañados de sus canciones peculiares, algo parecidas por cierto á nuestras jotas y playeras.

Todo iba bien á proa y á popa, hasta que llegamos á la latitud del cabo de San Lucas, donde nos sorprendió un fuerte chubasco del S. O. acompañado de lluvia, con una dura marejada que á veces barria la cubierta.

Los pasajeros de popa habíamos navegado anticipadamente, y no nos cogia de nuevo el ver la mar embravecida, pues muchos habíamos doblado dos veces el cabo de Hornos ó sufrido las marejadas cantábricas; pero los de

que en verdad el mar se mantenía duro, y el viento fresco, acompañado de llovizna, circunstancia que para gentes como las embarcadas á proa, nacidas en países cálidos, les hacia resentirse de una temperatura demasiado fresca, á la que no estaban acostumbrados. En cambio los pasajeros de popa, originarios de Europa ó del Norte de América, no dejábamos la cubierta, respirando el frio primaveral, que nos fortificaba y nos abria un apetito capaz de devorar todos los «Roart beefs» y «pudding» con que se nos obsequiaba en el buque.

El dia 10 de Abril, á las ocho de la mañana, divisamos los Alcatraces en direccion al S. E., y dirigimos la proa hácia ellos. Estos islotes se encuentran á poca distancia de la embocadura del puerto de San Francisco, á la que los americanos han dado el nombre de Golden-gate, ó sea puerta dorada, que tiene algo mas de una milla de anchura, y en donde entramos á toda vela á las doce del dia.

El aspecto de las colinas que á uno y otro lado se estendian nos recordaba á los españoles las costas cantábricas: el mismo verdor, cortado por grupos de encinos achaparrados, de hoja perenne, manchado por intervalos con

nuevo huésped que recibian en sus aguas.

A las dos millas de la entrada, y en el lado Norte, vimos la escuadra americana anclada en la bahía de Sauzalito: poco despues pasamos la isla de Piedra y descubrimos la inmensa bahía de San Francisco, y á las tres de la tarde anclamos frente á la hoy gran ciudad que lleva ese nombre, asentada sobre el humilde poblacho llamado por los naturales Yerba Buena.—J. R.

(Se continuará.)

LOS DOS ARRIEROS.

CUENTOS DEL CASERIO.

Traducido del vascuence alavés.

Hace algunas semanas, cuando todavía estaban todas las laderas de las peñas de Echagüen cubiertas de nieve, llegamos una tarde ya cerca del anochecer, á uno de los caserios de Aréjola, despues de haber entretenido gran parte del dia en correr por aquellas asperezas persiguiendo á las liebres. Un frio estremado se dejaba sentir; la luna, asomando por entre las lejanas nieblas que se alzaban hácia Unci-

lla, empezaba á iluminar el valle. Para los aficionadados á cuadros melancólicos, el paisaje que se extendía hacia nosotros era digno de especial estudio; su contemplación hubiera inspirado á más de un poeta quejumbroso una balada nocturna, de esas que nos trasportan con su lectura á los sombríos horizontes de Scandinavia; pero de seguro, al concluir su obra, hubiérase encontrado el bardo sorprendido por una pulmonía de grueso calibre, colada de rondón insensiblemente en su cuerpo, mientras tramaba sus inspiradas endechas.

Entre ahullidos de perros y saludos de los *guizones*, y alumbrados por un antiquísimo candil, entramos en una de esas patriarcales viviendas en las que lejos del mundo moran con santa paz y concordia las familias vascongadas. Se nos dieron asientos en el ahumado escaño de la cocina, donde entre colosales troncos de leña que chisporroteaban, hervían grandes pucheros, ostentándose sobre el penacho de llamas que salían del hogar, una enorme caldera, en la que estaban cociéndose algunos cientos de castañas. Fumaban los viejos y algunas *achues* también en sus negruzcas pipas.

Hablando, hablando pasaron algunos ratos, y al fin la abuela de la casa, que tenía dos nietecitos en el alda y otros dos apoyados en el respaldo de su silla, no sé por qué casual incidencia, refiriéndose á la práctica de las buenas obras, dijo alzando la voz:

—Silencio, señores, que voy á contar un cuento á mis nietos.

Y como el cariño y el respeto á los ancianos rayan en lo bíblico en estas tristes montañas, todos los que oímos la advertencia, cerramos los labios, hicimos un gran corro en torno de la abuela, y esta, apagando su pipa, guardóla cuidadosamente en su faltriquera, y fué tramando así su relación:

—«Había antiguamente en tiempo de las brujas, dos arrieros que toda su vida habían caminado en mútua compañía y solían traer vino de la Rioja para los pueblos de Vizcaya. Un día en que caminaban por los senderos del valle, tropezaron con un pobre, medio ciego y medio cojo, que echado en la orilla del camino, pedía limosna por el amor de Dios á los pasajeros. Al verle, dijo José Martín, el más viejo de ellos:

—Voy á darle una moneda y un pedazo de pan.

—Pues yo no me bajo del macho por ese pobre, dijo Miguel Anton, que era el otro. ¿Qué tenemos que ver con él?

—Es bueno dar limosna, Miguel, añadió su compañero.

—Pues yo creo que no se aletanta nada, y por eso en mi vida la he dado.

—Haz como gustes; pero yo te apuesto lo que quieras, á que si le preguntamos á don Juan el escribano de Garagarza, que es muy sábio, si es ó no bueno el darla, dice que sí, y gana yo la partida.

—Apostemos, pues.

—Dí lo que ha de ser.

—Si tú ganas, me sacas á mí los ojos, y si gano yo, te los saco á tí.

—Convenido.

José Martín dió su limosna al pobre, y Miguel continuó adelante, cantando al compás de la zumba que llevaba pendiente el último macho.

Cuando llegaron á Garagarza, mientras José Martín arreglaba la recua, su compañero se fué á consultar al escribano, dejándole escurrir entre las manos algunas monedas de plata para que sentenciase á su favor.

José Martín no supo la felonía, y cuando ambos arrieros acudieron á oír el dictámen del escriba, este sentenció en favor de Miguel. Volvieron á tomar el camino de los montes, y al llegar á aquellos solitarios lugares de Larrazabal, casi al pié de Amboto, desde donde se ve de cerca la cañada de Azpe y de lejos la vega de Durango, y allá, mucho más allá, las playas del mar, cumplieron lo prometido en la apuesta, y Miguel sacó los ojos á su amigo, dejándole abandonado.

El ciego se arrastró penosamente por entre las zarzas, y después de mucho andar, llegó, cuando esperaba morir, á las faldas desiertas de los peñascales de Udala.

Allí se sentó sobre una piedra.

Había cerrado la noche. Al cabo de algunas horas le pareció oír un ruido confuso de risotadas y voces femeniles. José Martín prestó atención. En una hermosa campa donde no había ni una argoma, ni un helecho, se habían reunido á la luz de la luna todas las brujas de aquellos valles.

Bailaban en corro, y decían:

Erritzé eta maritzé,

Echien sarra, emen gasté!

—¿Sabeis algo?

—Sí, yo sé una cosa.

—Y yo otra.

—Y yo otra.

—Oigamos, pues.

Las brujas se sentaron, y una de ellas dijo:

—Yo sé que los de la villa de donde soy, están desesperados, porque después de haber gastado mucho dinero no han podido hallar una fuente, y se mueren de sed en el verano. Si cavasen muy poco en medio de la plaza, tendrían agua abundante.

José Martín, que había oído hablar muchas veces de aquel asunto en una populosa villa de Guipúzcoa, se alegró al saber la noticia.

—Yo sé, añadió otra, que la hija de los señores de Iturrilanda, que son millonarios, está agonizando hace mucho tiempo, y es porque un día al salir de la iglesia se le cayó de la mano el pan bendito, y por orgullo no se bajó á cogerlo; lo cogió después un sapo que está entre las rendijas de la pared del pórtico, y lo tiene en la boca; si matan el sapo y le dan el pan á esa doncella, y lo come, sanará.

—Yo sé, dijo la tercera, que ayer apostaron dos arrieros á ver qué era mejor, si dar ó no limosna; y la apuesta fué el perder los ojos. Perdió el que dió la limosna, y se quedó sin ojos. El otro los tiró en la fuente de Iturrilanda, y allí están. Si fuera el ciego y se lavara, volviéndose los á poner, vería como antes.

José Martín recobró ánimo con la noticia, y esperó á que las brujas se marcharan.

Después se arrastró hasta un calero donde había algunos vizcainos haciendo cal. Les rogó que le condujeran á la fuente citada, y allí se lavó, se puso los ojos, y sanó.

A los pocos días fué á la villa que buscaba el agua. Propuso al alcalde el dotarles de una fuente si le pagaban bien, y aunque al principio nadie le creyó, porque no era ingeniero, ni maestro de obras, ni siquiera francés, convinieron al fin, y en mitad de la plaza brotó un manantial abundante. El arriero recibió mucho dinero y muchos regalos, y después que compró en Tolosa un hermoso traje nuevo, se dirigió hacia los caseríos de Iturrilanda.

Todos los médicos de las Provincias habían visitado á la *señorita*, pero esta, en vez de curarse, iba de peor en peor. Costóle mucho á José Martín el ser recibido. Las criadas quisieron despedirle con cajas destempladas; pero él insistió, y al fin se acercó al lecho de la enferma. Contó el arriero el suceso del pan bendito, y convino la doncella en comerlo, aunque se lo trajeran de la boca del sapo.

Entre las piedras de la pared estaba este; verde, verde, con unos ojos que daban miedo. Sacáronlo de allí, lo mataron, y la enferma comió el mijon, con más gusto que si la hubieran dado un pedazo de *artopill* con huevo. Al momento sanó. Se puso rozagante y colorada, y ¿cómo pagar al arriero su servicio? Casándose con él.

Al ruido de las bodas acudieron muchas gentes, y uno de los primeros convidados fué Miguel Anton, el otro arriero, quien maravillado de la fortuna de su compañero, apenas podía dar crédito á lo que veía. El aguijón de la envidia le estuvo punzando sin cesar, mientras las fiestas duraron. Un día, llamó á su lado á José Martín, y le dijo:

—¿Cómo has hecho tanta suerte?

—Muy sencillamente: cuando después de sacarme los ojos me quedé abandonado, oí á las brujas decir muchas cosas, y entre ellas las que me han servido para ser tan feliz.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Todos los que quieras.

—Mira, sácame los ojos después de que me lleves á aquel sitio, y veremos si hago yo también fortuna.

—Convenido.

Partieron ambos para las soledades de Udala, y Miguel, después de haber perdido los ojos, se sentó en un lugar retirado. Por la noche no se hicieron esperar las brujas.

Erritzé eta maritzé,

Echien sarra, emen gasté!

—¿Sabeis algo?

—Sí, yo sé una cosa muy divertida.

—Oigamos, oigamos!

—Un arriero nos oyó la otra noche, y recobró la vista; halló la fuente y curó á la del pan bendito, y otro compañero suyo, después de quedarse sin ojos, nos está escuchando para ver si contamos algo de notable con lo que pueda hacer fortuna.

—Y ¿dónde está?

—Venid conmigo.

Miguel quiso huir, pero se vió bien pronto rodeado de las brujas, que cogiéndole en hombros, le llenaron de arañazos, y subiéndole después á un peñasco, le arrojaron al valle. Mientras el pobre echaba los últimos lamentos, las brujas bailaban en corro, lanzando fantásticas carcajadas. Después se acurrucaron en las nieblas que bajaban del Amboto, y una ráfaga de viento se las llevó á los quintos infiernos.»

Aquí acabó la abuela su cuento. Los oyentes no habíamos perdido una sola palabra. Los nietecitos se miraban unos á otros, como asombrados.

Después cenamos: cuando concluíamos las castañas, el más pequeño de todos había conservado más de dos docenas entre sus manos.

—¿Para qué guardas esas castañas? preguntó tu abuela.

—Para dar cuatro á los pobres que llamen en la puerta, y así no me llevarán las brujas, abuela, que las tengo mucho miedo.

La abuela, satisfecha de su triunfo, nos miró á todos sonriendo, mientras cubría de besos la frente del niño.

RICARDO BECERRO DE BENGOA.

LOS INDIANOS.

NOVELA.

III.

Un secreto.

(Continuación.)

José María escuchó con el más vivo interés la narración que hacia su padre poseído de una gran emoción.

El anciano, con el corazón lacerado por los recuerdos que evocaba su mente, hizo una breve pausa.

—¿Y después, qué ocurrió? se atrevió á decir José María sin mirar á su padre.

—Después, hijo mio, pasé en Zara una enfermedad que me tuvo dos meses á las puertas de la muerte. En este tiempo, tú, que eras niño, cogiste un día los papeles que yo conservaba, y hallando entre ellos uno encarnado que te pareció muy bonito, lo desdoblaste, viste que estaba roto, pensaste que no servían aquellos fragmentos, y los arrojaste al fuego después de haber jugado con ellos.

—¿Y qué papeles eran?

—Los dos pedazos del recibo del Banco: sin saberlo, arrojaste á las llamas un capital que no era nuestro, que era de la pobre hija de D. Juan.

José María palideció.

Permaneció algunos instantes pensativo,

como agoviado por un pesar profundo, y después, como poseído de una idea.

—¿Buscó V. á la huérfana? preguntó á su padre.

—Tardé en buscarla, porque quise antes reunir, sino todo lo que habia perdido, parte de ello. A todo estaba dispuesto, con tal de adquirir recursos para entregarlos á aquella niña, cuyo porvenir me habian confiado, y ¿sabes lo que hice? Recordarlo me avergüenza.

—¿Qué hizo V?

—Conocia todos los senderos, y podia sin ser visto introducir en España géneros franceses; me hice contrabandista.

—¡Ah, padre, padre!

—Dios me castigó: las ganancias que adquirí estaban depositadas en casa de un comerciante de Madrid; fui á buscarlas al terminarse la guerra para volver con ellas á Pamplona y ofrecerlas á la huérfana; pero al regresar me sorprendió una partida de ladrones en el Frasnó, cerca de Zaragoza, y me dejaron de nuevo sumido en la miseria. Tu madre y tus hermanos habian vuelto á Lecaroz; arreglamos esta casa en donde te has criado, y yo me decidí á buscar á la hija de D Juan, á sacarla de la Misericordia, á traerla á mi casa, á trabajar para ella lo mismo que para vosotros.

—¿Y por qué no lo hizo V?

—Cuande pregunté por ella en la Inclusa, me dijeron que una familia de Pamplona la habia sacado para que sirviera en su casa. Busqué á esta familia, y por ella supe que Mariana, así se llamaba la huérfana, se habia ido á Buenos Aires con otras amigas, sin decir nada á sus amos.

—¿Es decir?...

—Es decir, hijo mio, que todo cuanto poseo le pertenece; que despues de continuas investigaciones he sabido que ha regresado á Pamplona tan pobre como se fué, y mi conciencia me manda ir á manifestarle que mi casa y mis bienes le pertenecen; pero yo no he podido dar este paso sin revelarte antes el secreto doloroso de toda mi vida.

—Bien está, padre... yo le agradezco á usted que me haya considerado digno de su confianza, dijo José María. Tranquilícese V.; el hijo acepta la deuda del padre, y la pagará.

—¿Qué intentas?

—Quitarle á V. ese enorme peso de la conciencia.

—¿De qué modo?

—Sabe V. que las profesiones que ejerzo me han permitido hacer algunos ahorros: se los daré á V. para que los envíe á esa desgraciada, pero sin que sepa por ahora á quién los debe. Despues, podrá V. mandarle de tres en tres meses dinero para que viva feliz.

—Y ¿de dónde hemos de sacarlo?

—He resuelto partir á Buenos Aires.

—¿Tú?

—Sí...

—¿A sacrificarle por mí?

—A hacer fortuna.

—No todos los que allí van logran hacerla.

—Yo la haré.

—¿De qué modo?

—No lo sé; pero estoy seguro de que conseguiré labrar la felicidad de la hija de D. Juan, la de V. y la de mis hermanos.

—No, yo no puedo consentir...

—Precisamente va á salir en breve de Bayona un buque para Montevideo, y los agentes andan estos dias por el valle de Baztan; les hablaré, y cumpliré mi deber de hijo.

Habia tal firmeza en las palabras de José María, que su padre no se atrevió á hablar mas.

Antes de separarse, besó José la mano de Martín.

—¡Confíe V. en mí! añadió.

—Dios te bendiga y premie tus buenos sentimientos, exclamó su padre.

Los dos se separaron.

José María se volvió á su casa de Narbarte.

Al entrar en ella le llamó el alguacil de Santestéban, que iba á la venta de Mugaire.

—José María le dijo.

—Quién... ¡ah, eres tú! ¿Qué quieres?

—Esta mañana fui á Ituren, y al saber Dominica que iba á pasar por Narbarte, me encargó darte el libro que le prestaste hace dos meses.

—¡Ah, sí!...

—Tómalo, pues

José María cogió el libro y entró en su casa.

Era un ejemplar de *Pablo y Virginia*.

El libro tenia una cinta de seda verde entre dos páginas, las que contenian la situacion mas amorosa del libro.

—¡Pobre Dominica! exclamó José; me quiere, ya lo sé que me quiere y yo á ella, pero...

No pudo acabar la frase, y se puso á llorar como un niño.

(Se continuará.)

CORRESPONDENCIA.

VITORIA 6 de Febrero de 1870.

La proximidad del Carnaval y de la Cuaresma hace ya andar de preparativos á las gentes. Las bandas de jóvenes ensayan sin descanso música y versos; háblase de la formacion de algunas sociedades de baile, y las empresas de los *Salones públicos* se dan prisa á discutir el modo de hacer danzar á toda la poblacion alegre, y de ganar mucho dinero.

Vitoria no es ciudad que en este género de diversiones tenga ni animacion ni atrevimiento. Mientras que en otras poblaciones del país hace ya tiempo que se dan bailes de máscaras, aquí nadie ha de taparse el rostro hasta que lleguen aquellos tres bulliciosos dias. Sin embargo, el *pópolo festivo* baila todos los domingos y fiestas de guardar, y el mundo aristocrático baila una ó dos veces al año, dándose al suceso ínfulas de cosa extraordinaria. Así ha sucedido en esta semana, en que se ha dado un baile en el salón de la capitanía general. Durante varios dias solo se oyó hablar de los preparativos; hoy, solo se oyen referir detalles de la fiesta.

En síntesis,—como diria un pollo que aquí campea—la reunion estuvo brillante; sesenta pollos, ataviados de diplomático frac, se agitaron durante cinco horas en torno de un centenar de beldades de todos gustos, vestidas, hasta cierto punto, con ondulantes gasas y costosos trajes, ostentando notables aderezos, flores, estrellas, y blondas cabelleras á lo catarata del Niágara. Pusiéronse de relieve en esa noche nuestras singulares bellezas, resaltando con sus encantos, entre aquel mar de sonrientes figuras, y hasta las que de ordinario pasan como bellezas pasajeras, parecian haber adquirido al resplandor de aquellas luces, y gracias á sus admirables atavíos, nuevas gracias, que las hacian casi casi preciosas é interesantes.—¿Cuál era la mas bella? se ha preguntado por los curiosos.—Como de gustos se ha escrito tan poco, difícil es contestar á esta pregunta, pues mientras que hubo galanes que no apartaron en toda la noche sus ojos de ciertas redondas, coloradas, llenas de envidiable salud y alegría, otros, en cambio, devoraron con sus miradas á algunas pálidas, largas, vivas imágenes de la melancolía. Un estadista que entre ellas anduvo, calcula que, si se hubieran reunido todas las colas que en el salón se arrastraban, caracoleando al compás del walls del *Fausto*, hubieran cubierto una estension lineal de quinientos metros; y que si se pudieran reunir todos los suspiros que espontáneamente brotaron, tendria un compositor de elegías y lamentaciones, materia para estar llorando diez y siete meses y cinco dias.

¿Cuándo se dará otro baile?—El año que viene. Circunstancias especiales parece que impiden por ahora el que se repita.

Las damas continuarán entreteniendo las largas noches en sus tertulias caseras, y los del sexo feo harán su interminable vida de cafés y

sociedades. Una de estas, la mas antigua de Vitoria, conocida con el nombre de *Gabinete de lectura*, que cuenta en su seno con numerosos socios, va á trasladarse del edificio que ocupa á otro magnífico, construido de nueva planta en la nueva calle de la Estacion, por el acudado propietario Sr. Olave. Las bellas disposiciones interiores corresponden á la magnificencia que la obra ofrece en el exterior. El piso llano se destinará á café público, á cuyo frente continuará el indicado propietario, y el piso principal servirá en totalidad para los asociados. Si la junta directiva, cuyos buenos deseos crecen de dia en dia, realiza en el nuevo local el pensamiento de decorarlo con lujo y elegancia, la ciudad tendrá un casino digno de una poblacion de alta importancia, y del cual hasta ahora carece.

Para la Cuaresma tendremos en el teatro una compañía sacro-bíblica-dramática, que dirigirá el Sr. Aparicio, y la cual pondrá en escena una coleccion de escogidas composiciones religiosas. Para el decorado escénico trabaja ya activamente hace algunos dias el ingenioso pintor escenógrafo Planter; y los aficionados se prometen que este género de espectáculos, nuevo para el público vitoriano, ha de dejarle agradablemente sorprendido.

Semanalmente continúa teniendo una hora de entretenimiento nuestro *beau monde*, paseando en los Arcos, mientras la banda marcial del regimiento de Zaragoza, que por cierto es una excelente música militar, lanza al viento los ecos armoniosos de mil distintas producciones. Allí se reunen y se ven de una á dos de la tarde en los dias festivos, pollos y pollas, gallos y mamás, mirándose y murmurándose mutuamente con tanta inocencia como galantería. Ayer, una de nuestras damas elegantes, que ya frisa en los treinta y muchos años, aunque en vano procura aparentar veinticuatro, llevaba en el peinado, entre otras cosas, unos largos adornos de hojas de hiedra.

—No me gusta ese adorno, dijo una joven espiritual al verla pasar.

—Pues á mí sí, porque es muy propio de quien lo lleva—añadió una rubia recién vestida de largo que la acompañaba—la hiedra es una planta que solo crece en los edificios viejos...!—S. S.

PAMPLONA 6 de Febrero de 1870.

El duque de Alba.—La villa de Milagro.—Un drama religioso.—La Junta de Instruccion pública.

No puede negarse que este país, es un país donde las costumbres patriarcales y el carácter de sus habitantes son garantías de paz y tranquilidad para quien en la época que atravesamos quiera alejarse del mundo de la política y retirarse al seno del hogar.

Muchas han sido las personas notables que dirigen su vista á las provincias vasco-navarras en los dias de agitacion, de zozobra y de movimiento, considerándolas, con gran justicia, como el puerto de salvacion para las tormentas sociales.

Y no puede dudarse que los elementos de esta tierra escepcional son los que mas pueden determinar el orden, esa condicion precisa é importante, sin la cual no es posible el progreso ni el engrandecimiento de los pueblos.

Ignoramos si las circunstancias de actualidad ú otros motivos particulares, habrán decidido al señor duque de Alba á establecerse temporalmente en esta capital. Pero, sean las que fueren las circunstancias que le hayan decidido á elegir esta ciudad como punto de residencia accidental, creemos que no se haya equivocado en su eleccion. Además; el señor duque posee cuantiosos bienes en esta provincia, y esta circunstancia le habrá permitido conocer y apreciar el carácter de los navarros.

Sea bien llegado, y disfrute de tranquilidad y de satisfacciones, ya que un pueblo modesto como el de Pamplona no puede ofrecerle los elementos de las grandes capitales.

Y al hablar del carácter navarro, no desco-

nocemos que, así como es respetuoso y dócil cuando nadie le oprime, es tempestuoso y arrebatado cuando le maltratan. Y, por desgracia, tampoco se exceptúa absolutamente de la estadística criminal, aunque los crímenes que se cometan obedezcan más á las pasiones del amor propio, que á las sugerencias del egoísmo, de ese cálculo frío de los criminales empedernidos, que aceptan el asesinato como medio, y el robo como fin. No; no negaremos que en esta provincia, particularmente en algunas de sus regiones, se prescinda del manejo de la navaja, sino que por el contrario, tenemos que lamentarnos de algunos gravísimos excesos.

Es ya un hecho público que en la villa de Milagro fué asesinado hace más de un mes, su médico titular, después de haberse despedido, ó de haber terminado su contrato con aquel ayuntamiento, desgracia que no solo se sintió por lo funesta que es en sí misma, sino por las relevantes dotes del malogrado fallecido. Y posteriormente se ha consumado otro suceso análogo, en la persona de un joven de aquella vecindad.

Esos acontecimientos siniestros, tienen preocupados á aquellos honrados habitantes.

Y sin embargo, no podemos menos de aplaudir el celo, la energía y el valor que acredita el alcalde de dicha villa, D. Mateo Sanchez; pero comprendemos también que mientras el sistema preventivo, en la buena acepción de la frase, no pueda practicarse, las autoridades locales tendrán que cruzarse de brazos, y esperar que el crimen se consume, para apoderarse del criminal y entregarlo á los tribunales. ¡Oh! Cuánto aprenderían los políticos si antes de serlo desempeñaran funciones de autoridad.

Mientras la autoridad se limite á reprimir y no alcance á prevenir, la autoridad no es autoridad más que de nombre, ni los verdaderos derechos del ciudadano tendrán sólida garantía.

Con gran éxito se ha puesto en escena el drama religioso *La pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*, magnífica é inspirada obra del popular poeta y novelista Sr. Escrich, en cuya ejecución se han distinguido los principales actores de la compañía y el pintor escenógrafo, cuyo nombre no recuerdo. — El público demuestra con su asistencia y entusiasmo el vehemente interés que le inspiran los asuntos religiosos.

Parece que los vocales de la Junta de Instrucción pública de esta provincia dimitieron sus cargos, por motivos de susceptibilidad en determinada cuestión, y que no les ha sido admitida la renuncia. Celebraremos este último acuerdo.

JUAN DE NAVARRA.

MADRID.

La ansiedad en que vive la sociedad contemporánea, excitada cada vez más con la rapidez del telégrafo y de la locomotora, hace que las noticias que yo pueda dar aquí á los lectores lleguen ya tarde.

Por otra parte, las noticias de Madrid son siempre tristes para las provincias. En la comedia política que aquí se representa hacen el papel de espectadores, ó lo que es lo mismo, pagan y pagan caro el derecho de sufrir y llorar al ver el desarrollo del drama y al presentir su desenlace.

Enhorabuena que los corresponsales de Bilbao y Vitoria, de Pamplona y de San Sebastian hablen en sus cartas de fiestas apacibles, de rasgos de honradez, de sucesos benéficos. Sus cartas son el reflejo de la vida que en ese privilegiado país se hace: aquí la lucha, la fiebre, la ambición: ¡oh! si yo escribiera todo lo que aquí pasa, mis artículos merecerían mejor que un hueco en EL PAÍS VASCO-NAVARRO, una jaula en la casa de locos.

Y si no, vamos á cuentas.

Prescindamos por un momento de las rivalidades de partido, de la cuestión monárquica, que según los prohombres de la política puede

resolverla un rey *cualquiera*; prescindamos de la catástrofe de la Bolsa ocasionada por la desaparición de un agente sin cumplir sus compromisos; prescindamos de las escenas diarias del Parlamento, y fijémonos solamente en un hecho.

Un vascongado digno de estimación por su talento, por su ilustración, por su carácter, el Sr. D. Vicente Manterola, ocupándose de una cuestión que puede alterar en Guipúzcoa las buenas relaciones que existen y deben existir siempre entre los habitantes del país y el clero, se presenta con el ramo de oliva y busca la avenencia, la paz.

No entro en el fondo de la cuestión: si es necesario, en nuestro periódico, campo neutral, hablarán todos y hablarán de seguro con más serenidad y más prudencia que suelen hacerlo nuestros nerviosos representantes. Pero vamos al caso. Habla el Sr. Manterola, y con la elocuencia que le reconocen hasta sus adversarios, pinta el amor de los vascongados á sus Fueros, á su independencia, con unas palabras que quiero engarzar en este artículo, y que de seguro harán latir de entusiasmo todos los corazones de los vasco-navarros:

«No lo dudeis, señores diputados,—exclamaba.—El día en que un gobierno (y protesto aquí sinceramente, porque nunca digo lo que no siento; no me refiero al gobierno actual; no me refiero á ninguno de los individuos que hoy se sientan en el banco azul y constituyen el gobierno de S. A. el regente del reino; sé que nada está más lejos de todos y cada uno de ellos que una torpeza, que sería indudablemente tan anti-política como injusta); el día, repito, en que un gobierno futuro, fuese el gobierno de la república, fuesen los consejeros de Carlos VII (aunque este último sé yo que no lo haría), estendiera una mano sacrilega para tocar el arca santa de nuestras venerandas instituciones, no lo dudeis, el pueblo vascongado se levantaría como un solo hombre, y se lanzaría con la bravura del león contra las bayonetas del ejército invasor, y se las rompería y las reduciría á polvo en sus manos ensangrentadas.

»El pueblo vascongado podría sucumbir, podría desaparecer de la faz de la tierra, y el gobierno dominaría en sus más altas montañas, pero nunca dominaría sobre un solo vascongado. ¡Ah! mientras hubiese sobre la tierra un vascongado, abriendo su pecho descubriría en lo más íntimo de su corazón un templo y un altar, un altar en que se quemara incienso, un templo en que se rindiera culto á sus fueros, porque los fueros son en las Provincias Vascongadas una especie de segunda religión, así como la augusta religión del Calvario es el primero de sus fueros, es su fuero trascendental.»

Ustedes, lectores, que carecen de pasión política, no negarán que estas palabras inspiradas, son la síntesis, la fórmula de los sentimientos del pueblo euskaro.

Pues bien; tauto el ministro de Gracia y Justicia como los periódicos ministeriales apasionados, en vez de entusiasmarse al ver este retrato enérgico y grandioso de un pueblo que es español, en vez de admirarse ante un gran carácter, aquí donde no se hallan más que medios caracteres, en vez de saludar con veneración ese ejemplo de amor á la tradición y á la verdadera libertad, han pedido elocuencia al sarcasmo, ó han mojado la pluma en hiel, ¿para qué? Para darnos una vez más el espectáculo de la prensa que aspira á ser la voz de la opinión pública.

¡Pobre opinión pública! ¡Pobres periodistas los que jóvenes aun, llenos de fé y de amor á la humanidad, entran á formar parte de un periódico.

—Qué bien ha hablado Fulano, esclaman al llegar en la redacción; qué verdades ha dicho; es un genio; voy á escribir su elogio.

—Guardese V. muy bien, esclama el director.

—¿Por qué?

—Porque hace una oposición tremenda al gobierno y nosotros somos ministeriales.

—Pero la justicia...

—La justicia no puede hacerme diputado, ni dar á V. un gobierno de provincia.

Esto es ya muy sabido, pero conviene repetirlo para que acabe la farsa de una vez.

Cualquier persona algo versada en los achaques de la política, después de oír hablar á un diputado ó de leer en la *Gaceta* un decreto, puede decir lo que hablarán al día siguiente los periódicos.

Yo iré contando á ustedes poco á poco muchos misterios de la opinión pública, de la política y de otras cosas que conviene saber para que no nos hagan comulgar con ruedas de molino.

Pero, aparte de todo esto, déjenme ustedes, apartándome de toda afección política, felicitar al Sr. Manterola, por haber formulado de pasada la verdadera situación del país vasconavarro; por haber recordado á la Asamblea su verdadero retrato moral.

Como español, mis deseos serían que todos los españoles disfrutaran de la felicidad de los vasco-navarros; pero para recoger, es preciso sembrar.

JULIO NOMBELA.

ADVERTENCIAS.

El éxito que ha alcanzado nuestra publicación, no solo en las provincias vasco-navarras, sino en el resto de España y en Ultramar, nos mueven á proyectar mejoras que á la mayor brevedad podrán apreciar nuestros suscritores. Nos proponemos, entre otras, publicar una COLECCION DE RETRATOS DE LOS DIPUTADOS FORALES Ó PROCURADORES de las cuatro provincias, como un homenaje á sus virtudes y á su honrada y benéfica administración. De este modo podrán poner nuestros lectores en sus despachos ó salones, los retratos de los insignes vasco-navarros, á quienes su país debe la felicidad de que disfruta, y los municipios honrar su memoria, colocándolos en las salas capitulares.

Aunque pocas, recibimos algunas reclamaciones de números. Nosotros servimos con puntualidad á los suscritores, pero no faltan personas acostumbradas á leer gratis, y se quedan con los números.

Rogamos á nuestros suscritores que reclamen siempre que esperimenten alguna falta, para subsanarla en seguida.

En la seguridad de que los nuevos suscritores desearán tener la colección completa, conservamos ejemplares de los números que han salido hasta ahora.

EL PAÍS VASCO-NAVARRO.

Precios de suscripción.

En España.	3 meses 12 reales.
En Cuba y Puerto-Rico.	6 meses 3 pesos.
América del Sur y Filipinas, 6 meses	4 pesos.
Extranjero.	6 meses 10 franc.
Número suelto en España.	2 reales.

MADRID, 1870.

Tipografía de José García, calle de la Cabeza, 36, bajo